



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXXIX

Zaragoza, 6 de Agosto de 1937

Núm. 908

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

—ooo—

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de «EL ECO DE LA CRUZ», Conde de Aranda, 1, Almacenes del Portillo.

SALUDO A FRANCO: ¡ARRIBA ESPAÑA!

Pero María no ha conocido el pecado. Al contrario, María "ha hallado gracia delante de Dios", dice el arcángel S. Gabriel; María está "llena de gracia", nos revela el mismo arcángel.

María es la criatura primera; en Ella se ha complacido el Señor, la ha formado a su gusto, la ha hecho su Madre.

¡Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo!

¿Puede darse dignidad más grande? Es un abismo en el cual no puede penetrar la inteligencia humana.

¿Por qué muere?

Dios lo quiere y basta.

También Jesús ha muerto.

Pero ¿qué muerte tan espantosa la de Jesús!

Tampoco Jesús podía pecar. Es la misma Santidad.

Murió porque "tomó sobre Sí los pecados de los hombres".

¿Y qué muerte la de Jesús! Era la expiación de todas las iniquidades

También María había de morir.

¿Podía ser diferente que Jesús?

Jesús quiso que su Madre muriese. Había de ser como El en todo lo posible. Nadie tan semejante a Jesús como María, "Espejo sin mancha e Imagen de la Bondad infinita".

La muerte de Jesús no podía parecer una derrota.

Él es la Resurrección y la Vida y apareció incorruptible con todos los esplendores de vida inmortal.

Tampoco tocó la corrupción el cuerpo de María. Jesús no consintió siquiera a la enfermedad acercarse a su Madre. La espada de Simeón atravesó su alma, y su vida fué un martirio espiritual continuo.

María padeció, como Jesús, por los pecados de los hombres.

Y también murió.

Pero ¿qué muerte la de María!

¿Es morir?

Estaba decretado y murió.

Fué el acabamiento del tiempo en este mundo. Había que ir al Cielo y era forzoso pasar por la muerte.

¿Era muerte aquello?

Fué una marcha triunfal. Era una invasión de la gloria celestial que transcendía a su cuerpo y a su alma. Era Jesús que venía a buscarla y llevarla a los cielos para coronarla como Reina y Señora de toda la creación y Administradora de todas las gracias. Por eso estaban allí todos los ángeles y convocó el Señor a los apóstoles y discípulos. Allí estaba el centro del universo.

¡Al Cielo, al cielo!

¡Es la Madre de Dios!

¡Es la Señora del Cielo y de la Tierra!

¡Es nuestra Madre!!

¡Qué alegría, Madre mía!

¡Qué esperanza y qué consuelo!

¡Tú que tienes el mando del mundo, compadécete de nosotros, en este día aniversario de tu gloriosa Coronación, ¡Reina de la paz, ruega por nosotros!

FELIPE CLEMENTE

¡AL CIELO!

¡María va a morir!

¡La Virgen Santísima, la Madre de Jesús!

¿Es posible...?

¿Qué ha hecho para merecer la muerte?

María fué concebida sin pecado original.

¿No fué el pecado original la causa de la muerte?

Tampoco cometió ningún otro pecado.

¿Cómo es condenada a muerte?

"Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado, la muerte", asegura S. Pablo.

Rasgos de la Cruzada

La ofrenda de un soldado

A la memoria de Juan Manuel Lisbona, héroe aragonés a quien conocí después de una de sus más brillantes actuaciones.

Recio temple de soldado.
En victoriosas jornadas
servicios inapreciables
supo rendir a la Patria:

Como rayo de la guerra,
en plena vibración su alma,
henchida ayer de amargura
hoy de amores inflamada,
en lucha abierta y sin tregua
goces inefables halla.

Ni el tronar de los cañones,
ni el silbido de las balas,
ni el trepidar del avión
con la muerte en sus entrañas,
ni de la ametralladora
la escalofriante ráfaga...
ponen freno a su bravura,
su fuego bélico apagan.

Prisión de sus impacencias
son las trincheras en calma
y expansión de sus sentires
la pelea dura y franca.

Nunca conoció el desmayo
ni supo de retiradas
al lado de compañeros
que ardían en llamaradas
de encumbrados ideales
alientos de la cruzada.
Eras, sargento Lisbona,
digno soldado de España.

¿Inspiración? ¿profecía?
Rondar la muerte cercana

siente y con pulso sereno
en tosco papel derrama
los afectos encendidos
de su alma noble y cristiana.

"Si caigo, como barrunto,
en el campo de batalla
y mi cadáver los nuestros,
como deseo, rescatan
rendidamente suplico
que, cual ofrenda sagrada,
mi anillo y las cien pesetas
que en mi cartera se guardan
a la Virgen del Pilar
sean dados sin tardanza."

Empieza el ataque. Deja
la pluma, toma las armas
corre al puesto de peligro
y a las dos horas escasas
se hunde en su cuerpo indomable
cartera y traidora bala
y cae en tierra a la vez
que al cielo sube su alma,
que así muere cuando muere
el buen soldado de España.

Lisbona, tu cuerpo inerte
la Cruz de Cristo le guarda.
Se han cumplido tus deseos.
La bandera roja y gualda
te ha cobijado amorosa,
te ha servido de mortaja
y la Virgen del Pilar
tiene tu ofrenda impregnada
de sentires de ultratumba.
de celestiales nostalgias.

Dichoso tú que ya sabes
la medida con que paga
nuestra Madre las ternuras
de los hijos que le aman.

EL DUENDE AZUL

qué me pasa? ¡Pfa!... que no puó respirar que m'ahugo.

—¿Estás malo? ¿qué tienes? Llamaremos al médico en seguida.

—¡Pfa!... Ahura habí de tocar la serena, ahura.

—Pero... ¿estás loco o qué?

—¡Pfa! nostoy loco, no. Que paice que too lo hacen a mala idea. A lo mejor toca la serena y te pillan en el mejor sueño y te tiés que vantar aprisa, a medio vistite, y con un sueño que no ves, y a la bodega. Ahura, ahura quió yo a esos majos, ahura; que y'hace que sió el tiempo que no han venido esos criminales.

—No te entiendo; eres un mar de confusiones. ¿Para qué quieres que vengan los aviones rojos? Tú estás mal de la cabeza hoy.

—¡Pfa!... Ahura no s'atreven, son unos gallinas; pero si vinieran, los cazas nuestros los echarían abajo como una tortilla o los espantarían y tocaría la serena y nusotros nos iríamos tan ricamente a la bodega qu'es ande se pué vivir ahura, que allí no sientes la calor, ni hay moscas, ni mosquitos, ni dengún bicho; aquello es el paraíso; sólo faltaría un palmico e longaniza y güen porrón de vino, que lo había de mandar l'autoridá pa las bodegas, pa pasar mejor el rato, porque se t'apreta el corazón del susto...

—Ya me figuraba yo que saldrías con alguna sandez.

—Pues miusté; ya hay quien no baja a la bodega, porque se fian de nuestros cazas, que es que son unos valientes como haiga otros en el mundo. Pero qui hagan la preba; que en vez de icir que haiga en to las bodegas bancos y luz, que diga el Gobernador que en to las bodegas haiga un güen porrón y unos churizos pa entretenesen los que bajen; vería usté cómo no se quedaba una rata en la calle ni en los patios, ni aun en las tabernas. Si mandase yo ya l'apañaría bien pronto, ya.

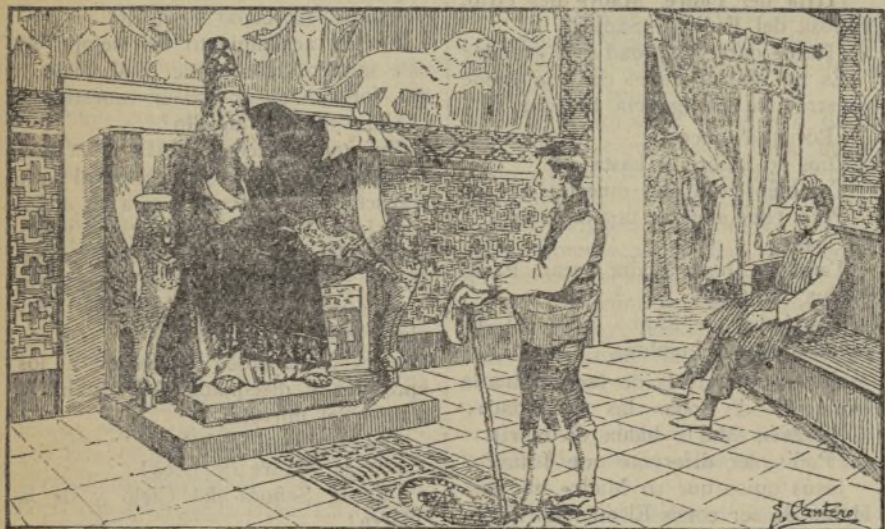
—Ya se te ha olvidado el calor; hablas como si tal cosa.

—¡Pfa... pfa!... quiá d'olvidar... estoy sudando a chorros; hi pasau la camiseta y el colchón; me voá quedar en los güesos. ¡Güen señor Mago, el que se murió! que fuí a veraniar com'un sñor por San Sebastián con mi güen puro en la boca y tol mundo a osequiame y ician; ¡miá Macario! y yo soltaba entonces el humo como una chaminera...

—Parece mentira que hables así.

—No es pa ofendele, pero, amos, la verdá, qui usté es más preto.

—No me ofendes en eso; estás ahora lo mismo que entonces; guisas en los mismos pucheros y la misma comida; y ahora hace el mismo calor que entonces. Lo que me extraña es que te hayan acometido tan repentinamente esos ataques de calor con ese traje de miliciano; porque los soldados en las trincheras ¡esos sí que pasan calor! y tiros y granadas



TRIBUNAL BARATO

¡Uf... ¡Pfa!... ¡Pfa!...

—¿Qué te pasa, que haces tantos aspavientos?

—¡Pfa! ¡Pfa!...

—Pero ¿qué te pasa?

—¡Pfa... pfa!... ¿Aún ice usté que

y toda clase de penalidades que trae consigo la guerra; y todo lo soportan con una grandeza de ánimo que encanta. Pensando en ellos se suavizan todas las penas de la retaguardia; da vergüenza quejarse, todo se encuentra admirable, y hasta da vergüenza el gozar mientras ellos padecen por nosotros. Me he alegrado mucho de esa fiesta de homenaje de la retaguardia a la vanguardia; que vean los valientes luchadores, siempre junto a la muerte, que no les olvidan los que están fuera del peligro y por eso les envían un obsequio delicado que lleva el calor y perfume del recuerdo y del cariño.

Tilín, tilín, tilín...

—¿Se pué pasar?

—¡Adelante!

—¡Gueros días tenga usted, señor Mago, porque me pienso que será usted el Mago, aunque no tenía el gusto de conocelo.

—¿Sois refugiados?

—Sí señor. Somos de Alamar del Río; qu'están los rojos, que son los mismos demonios del infierno. ¡Virgen Santísima del Carmen! ¡Qué cosas tan grandes! no sé cómo no nos himos güelto locos. Han muerto a treinta lo menos, en un pueblo como el nuestro; a mi marido y a un hijo tan rico, que daba gozo velo y tan trabajador. Nos l'han robau todo y han quemau la ilesia y to los santos en un montón. ¡¡Madre mía, madre mía!! No sé cómo s'aguanta Nuestro Señor y no los mata de repente. ¡Una Virgen tan hermosa como la de nuestro pueblo! que venían de to los pueblos de alrededor pa las fiestas.

—Es espantoso todo lo que pasa.

—¡Ya no tendremos más ilesia! y tan preciosa como era. No digó que fuera como las de Zaragoza pero que era muy preciosa. El altar mayor tan grande que llegaba hasta el techo y todo que paecía di oro. ¡Quién sabe lo que valía! Y ahura, to quemau; y la ilesia, común corral! ¡qué corazón de gentes! Y han sido los mismos del pueblo. ¡Quién me l'había de icir!

—¡Horrible, horrible!

—Ahura me voy a misa y a comulgar to los días a pidile a Dios por esos desgraciaus y pa que acabe pronto la guerra y po los soldadicos, hijos míos, tan contentos como van a defender la Patria, y por Franco, que Dios nos lo conserve qu'es la salvación d'España; por todo pido mucho; que tengo una ilesia mu cerquica de mi casa, y lo tienen todo mu majo y mu relimpio, qu'es de unas monjicas; y gozo mucho de ver a Nuestro Señor que tol mundo lo quiere y lo tratan bien, y con tanto amor y respeto que me paíce que Nuestro Señor estará contento, y mire, gozo d'eso. Pero m'aluerdo mucho de mi pueblo y lloro mucho de pensar que lo tiraron a Nuestro Señor pol suelo y que ya no tendremos más ilesia, ni misa, ni naa. Y eso es castigo de Dios

que bien lo merecemos por tanto pecau...

—¡Sosiégate, sosiégate! Tienes mucha razón en lo que hablas. Aprovecha lo que puedas para saciar ahora tu devoción; aquí tienes abundancia de iglesias y facilidad suma para confesarte y comulgar. Es horrible lo de tu pueblo y de tantos pueblos y no cabe duda que si Dios enviase el castigo merecido no habría ya más iglesia, ni culto, ni nada, ya que con odio satánico han querido borrar de la tierra todo recuerdo y rastro de Dios. Pero Dios mira también a los buenos, que son muchos, que tampoco lo esperábamos, son muchísimos los mártires que han muerto con la grandeza de los tiempos más gloriosos del cristianismo; millares de sacerdotes, hombres, mujeres, niños... Son el tesoro y la gloria de la humanidad. Vale más esa sangre santa que todo lo malo que han hecho los revolucionarios. Esos mártires son los que salvan la Patria, porque son los amigos predilectos de Dios y a ellos no les puede negar nada. ¿Y esos soldadicos? ¿Y esas milicias? Mueren también por Dios y por la Patria con generosidad y grandeza de holocausto. Esos salvan también la Patria. Es terrible el trance en que estamos metidos, pero vemos el horizonte deslumbrante de claridades celestiales. España se salva, y se salva para ser una España nueva, llena de espíritu religioso, que ya se va infiltrando por todas partes y dando vida a todas las instituciones, que cobran un vigor desconocido. Cuando acabe esta guerra, que será muy pronto, volveréis a vuestros pueblos y los encontraréis deshechos por la barbarie; pero esa barbarie estará también muerta para siempre. Los campos volverán a dar sus cosechas espléndidas, y otra vez los ganados pastarán por vuestros montes y tendréis otra vez iglesia y gozaréis de ver al Señor más contento aún que antes, porque ahora le amaréis más y nadie le querrá ofender para tenerle siempre contento, para que jamás vuelva a ocurrir que quiera marcharse de nuestro lado.

Venid otro día, que hoy es tarde y hemos de hablar más de este asunto tan importante.

—Con mucho gusto, señor Mago, ya vendremos otro día. Quede usted con Dios.

EL MAGO

Para vacaciones.

Para el campo.

Para el descanso.

LECTURAS AMENAS.
LECTURAS PIADOSAS.
LECTURAS EDIFICANTES.

La Eucaristía y la Comunión diaria, por el M. I. Sr. D. Juan Buj. 2 pesetas.

La Bruja Blanca, por el M. I. Sr. D. Juan Buj. 2'50 pesetas.

Desde mi Cartuja y Desde mi Tebaida, por Nardo.

Memorias de un socialista, por Julio Ascanio. 5.ª edición. 0'60 pesetas.

Las aventuras del Diablo, por Julio Ascanio, con inspiradas ilustraciones. 2 ptas.



Ya sé que eres la Vida, Jesús mío, y que estás en esa Hostia y en el Cielo lleno de magnificencia y de gloria; pero en esta vida sacramental has querido perpetuarte en la situación más espantosa de tu vida mortal; has hecho permanente el sacrificio del calvario. ¿Qué atractivo misterioso hallas en ese estado?

Ahí vemos la cruz, tu pasión, tu agonía, tu muerte...

Has querido que tu Redención tuviera una especie de continuidad incesante en tu Eucaristía y que no perdiéramos de vista el Acto culminante de tu misión divina. De este modo entiendo aquellas palabras que pronunciaste después de la institución eucarística. "Así anunciareis mi muerte hasta que vuelva."

No se puede, pues, pensar en Ti, hablar de Ti, si no es hablando de tu Sacramento de amor, de tu Hostia.

Tu Hostia, tu Sacrificio ha de ser el alma y la vida del cristiano.

Quiero pensar siempre en Ti; quiero verte, quiero mirarte siempre.

Tu eres la Vida, mi vida; tu eres mi Modelo.

Cuando te veo desnudo en la Cruz me confundo y me espanto.

¿Por qué has consentido una cosa semejante?

Comprendo que te hayas abrazado al dolor y aún a la muerte... pero dejarte atropellar de ese modo... en medio de dos ladrones y ante un populacho soez... ¡Es horrible!

¡Ah!; ya comprendo. Has venido a redimirnos y a dejarte matar para que yo viva; a sufrir para que yo goce; a humillarte por mi soberbia... has soportado la desnudez por los pecados impuros... por las modas indecentes, por la desnudez en el vestir, por la inmoralidad en las costumbres, en las diversiones, en los deportes, en las playas, en el cine, en la prensa...

¡Oh, no quiero ser la causa de los sufrimientos y afrenta de Jesús!

¡Jesús mío! dadme un amor cada vez más grande a la pureza; dadme una estima mayor de la modestia cristiana!

J. ADELAC

Una mirada a la Tierra

Los Depósitos del Fuego

En el día último vimos la gran ayuda que la bondad de Dios ha concedido al hombre con el fuego, fuerza enormísima, irresistible e instrumento indispensable del progreso.

El hombre lo comprendió pronto y montó la guardia para que no se extinguiese el fuego, que a veces llegó a juzgar como sagrado.

Cierto que aprendió a encender el fuego y se libró de esa servidumbre; pero tuvo buen cuidado de proveerse de combustible o fijar su choza en los bosques en donde hallaba leña en abundancia. La leña era el elemento vital de la humanidad, porque con ella se hacía el fuego.

Y con troncos de árbol del vecino bosque milenario, donde habían vivido sus antepasados y las tribus vecinas, se mantenía la hoguera de la tribu; allí se reunían y tenían sus asambleas y consejos, sus veladas; allí preparaban sus planes guerreros y contaban en la paz sus hazañas. Con la leña se encendió la lumbre de su choza y se preparó la comida; la leña alimentó el fuego de los hornos primitivos de cocer el pan, el yeso, la cal, el ladrillo, los utensilios de cocina; la leña fué el combustible único que dió al hombre la utilidad del fuego durante muchos siglos.

Quizás la casualidad de una combustión deficiente de la leña, los restos de un incendio... ¡quién sabe! dejaron ramas y troncos negros; los aprovecharon y vieron que ardían muy bien, que no daban las llamas y el humo molesto de la leña; entonces se pensó en preparar la leña y convertirla en carbón. El carbón era un combustible limpio, ligero, menos pesado, y se guardaba indefinidamente sin peligro de los insectos.

Las leñas y el carbón han llegado hasta nuestros días para el uso diario del hogar. No sabríamos prescindir de ellos; son un manantial o un depósito de fuego, siempre a mano.

Un día un herrero inglés, Juan Hull, pensó en utilizar para su pobre fragua una piedra negra, como carbón, que asomaba por la ladera del monte próximo. Quizás aquello valdría y le ahorraría el carbón que no podía comprar. El resultado fué sorprendente. Ardía maravillosamente y el hierro se trabajaba de un modo admirable. Ya no pensó en el carbón;

gastó en adelante aquel mineral negro, que llamó, *carbón de piedra*, y que luego, en su honor, se ha llamado *hulla*.

El uso de la hulla se generalizó rápidamente, sustituyendo a las leñas y carbones en todas las industrias. Era un carbón excelente y baratísimo y de una abundancia incalculable; parecía que Inglaterra se asentaba sobre una mina de carbón.

Desde entonces la exploración de minas de carbón fué incesante en todos los países, yendo de asombro en asombro al descubrir esos yacimientos fabulosos; la industria minera fué creciendo de modo exorbitante, ocupando millones de hombres en arrancar de las entrañas de la tierra el precioso combustible.

Su baratura, su abundancia y facilidad de extracción hizo posible el desarrollo industrial que ha transformado las costumbres y la historia desde el siglo pasado.

La máquina de vapor ha sido el instrumento principal de la transformación industrial de que se envanece nuestro tiempo. Pero hubiera sido de muy escaso alcance sin el carbón de piedra. La leña y el carbón de madera eran caros e insuficientes y se habría acabado pronto con todos nuestros bosques.

El carbón de piedra es el que ha hecho posible la maravilla del barco de vapor cruzando los mares sin el esfuerzo torturante del remo, en todas direcciones y contra todos los vientos, dándole al hombre el señorío de las aguas. La hulla ha impulsado ese progreso y ha acelerado la marcha de los buques acortando las distancias de leyenda de todos los continentes como costas de lagos familiares.

La hulla se ha introducido en todos los hornos de la industria grande y pequeña. En los altos hornos donde corre el hierro fundido en flujo incesante para proveer de railes de acero que crucen el mapa cargados de locomotoras y convoyes voladores en incesante trajín, transportando hombres y productos en todas direcciones; acero para todas las industrias, calderas, vigas de construcción, puentes, barcos, acorazados que defiendan nuestras costas, fusiles para nuestros soldados, cañones, aeroplanos que velen sobre nosotros como ángeles de paz o lancen la muerte sobre el enemigo como castigo apocalíptico; arados y azadas para el laboreo pacífico y fecundo de la tierra, herramientas todas de la industria y del trabajo... que inundan el mundo de riqueza y bienestar.

¡Cuánta generosidad, cuánta bondad tiene Dios con el hombre!

JUAN DE LA CRUZ

EL ECO DE LA CRUZ

Administración: Pilar 10—Zaragoza

PRECIOS DE SUSCRICION

De	1 ejemplar de cada número, al año,	2'00
2	" " " "	3'00
3	" " " "	3'75
4	" " " "	4'50
5	" " " "	5'00
10	" " " "	10'00
15	" " " "	12'50
20	" " " "	15'00
25	" " " "	16'50
30	" " " "	18'00
50	" " " "	26'00
100	" " " "	45'00

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERÁ, PUES, MÁS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que esperan y leen EL Eco... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio.

Don Juan Checa, Sagides; Colegio del Pilar, Riela; Rdo. D. Mariano Ladaga, presbítero, Magallón; don Román Solanas, Aranda de Moncayo; señorita Angeles Miriani, Vitoria; doña Maria Díaz, Cascante; doña Maria Sánchez, Calatayud; Superiora del Colegio de Santa Ana, de Borja; don Jorge Calvo, Pinseque.

OBRAS DE ACTUALIDAD

La Bruja Blanca.—Preciosa novela, obra cumbre del M. I. Sr. D. Juan Buj, Fundador de EL ECO DE LA CRUZ. Es obra apologética que ilumina con claridades celestiales y encanta con el atractivo espiritual de la protagonista, modelo de acción católica. Dos tomos en un volumen, 2'50 ptas.

La Eucaristía y la Comunión diaria, por el M. I. Sr. D. Juan Buj.—Obra de permanente actualidad. Su autor fué el verdadero Apóstol de la Comunión diaria en nuestra región y aún fuera de ella, anticipándose con clarividencia sorprendente a Pío X. Ideas luminosas, lenguaje cálido, piedad honda del alma que siente la dicha de ver y amar a Jesús en la Eucaristía.—Precio, 2 pesetas.